

Paul Auster

Tombuctú





Seix Barral Biblioteca Formentor

Paul Auster

Tombuctú

Traducción del inglés por
Benito Gómez Ibáñez

Título original: *Timbuktu*

© Paul Auster, 1999

c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© por la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 1999, cedida por Editorial Anagrama

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-322-3557-3

Depósito legal: B. 18.416-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Míster Bones sabía que Willy no iba a durar mucho. Tenía aquella tos desde hacía más de seis meses y ya no había ni puñetera posibilidad de que se le quitara. Lenta e inexorablemente, sin que se produjese la más mínima mejoría, los accesos habían ido cobrando intensidad, pasando del leve rebullir de flemas en los pulmones el 3 de febrero a los aparatosos espasmos con esputos y convulsiones de mediados de verano. Y, por si fuera poco, en las dos últimas semanas se había introducido una nueva tonalidad en la música bronquial —un soniquete tenso, vigoroso, entrecortado—, y los ataques se sucedían ahora con mucha frecuencia, casi de continuo. Cada vez que sobrevenía alguno, Míster Bones temía que Willy reventase por la presión de los cohetes que estallaban en su caja torácica. Imaginaba que no tardaría en echar sangre, y cuando aquel momento fatal llegó finalmente el

sábado por la tarde, fue como si todos los ángeles del cielo se hubiesen puesto a cantar. Míster Bones lo vio con sus propios ojos, parado al borde de la carretera entre Washington y Baltimore, cuando Willy escupió en el pañuelo unos espantosos coágulos de sustancia escarlata, y en ese mismo instante supo que había desaparecido hasta el último resquicio de esperanza. Un olor a muerte envolvía a Willy G. Christmas, y tan cierto como que el sol era una lámpara que diariamente se apagaba y encendía entre las nubes, el fin estaba cada vez más cerca.

¿Qué podía hacer un pobre perro? Míster Bones había estado con Willy desde que era un cachorrillo, y ahora le resultaba casi imposible imaginarse un mundo en el que no estuviera su amo. Cada pensamiento, cada recuerdo, cada partícula de tierra y de aire estaba impregnado de la presencia de Willy. Las viejas costumbres no se pierden fácilmente, y en lo que se refiere a los perros hay sin duda algo de verdad en el dicho de que llega un momento en que se es demasiado viejo para aprender, pero en el miedo que sentía Míster Bones por lo que se avecinaba había algo más que amor o devoción. Era puro terror ontológico. Si el mundo se quedaba sin Willy, lo más probable era que el mundo mismo dejara de existir.

Ése era el dilema al que se enfrentaba Míster Bones aquella mañana de agosto cuando caminaba penosamente por las calles de Baltimore con su

amo enfermo. Un perro solo era tanto como decir un perro muerto, y en cuanto Willy exhalara su último aliento, no podría esperar nada salvo su propio e inminente final. Willy ya llevaba muchos días advirtiéndole sobre eso, y Míster Bones se sabía las instrucciones de memoria: cómo evitar la perrera y la policía, los coches patrulla y los camuflados, los hipócritas de las llamadas sociedades protectoras. Por muy amables que fuesen con uno, en cuanto pronunciasen la palabra *refugio* vendrían los problemas. Empezarían con redes y dardos tranquilizantes, se convertirían en una pesadilla de jaulas y luces fluorescentes y terminarían con una inyección letal o una dosis de gas venenoso. Si Míster Bones hubiese pertenecido a alguna raza reconocible, habría tenido alguna posibilidad en esos concursos de belleza que diariamente se celebran para encontrar posibles amos, pero el compañero de Willy era una mezcla de tensiones genéticas —en parte collie, en parte labrador, en parte spaniel, en parte rompecabezas canino— y, para acabar de arreglar las cosas, su deslustrado pelaje estaba lleno de nudos, de su boca emanaban malos olores, y una perpetua tristeza le acechaba en los ojos enrojecidos. Nadie querría salvarlo. Como al bardo sin hogar le gustaba decir, el desenlace estaba grabado en piedra. A menos que Míster Bones encontrara otro amo a toda prisa, era un chucho destinado al olvido.

—Y si te libras de los dardos tranquilizantes

—prosiguió Willy aquella brumosa mañana en Baltimore, apoyándose en una farola para no caerse—, hay muchísimas otras cosas de las que no te librarás. Te lo advierto, *kemo sabe*. O encuentras otra colocación, o tus días están contados. Fíjate en esta ciudad tan deprimente. Hay un restaurante chino en cada esquina, y si crees que a los cocineros no se les va a hacer la boca agua cuando pases por delante, entonces es que no sabes lo que es la cocina oriental. Tienen en gran estima la carne de perro, amigo mío. Acorralan y matan a los chuchos en el callejón, justo detrás de la cocina; veinte o treinta a la semana. Aunque en el menú los hagan pasar por pato o cerdo, los iniciados saben distinguir, a los gourmets no se les engaña ni por un momento. A menos que quieras acabar en una bandeja de *moo goo gai*, te lo pensarás dos veces antes de menear el rabo delante de un tugurio de esos. ¿Te enteras, Míster Bones? Conoce a tu enemigo... y no te acerques a él.

Míster Bones se enteraba. Siempre entendía las explicaciones de Willy. Así había sido desde que tenía memoria, y ahora su comprensión del inglés de la calle era tan bueno como el de cualquier emigrante que llevara siete años en suelo norteamericano. Era su segunda lengua, por supuesto, muy diferente de la que le había enseñado su madre, pero si su pronunciación dejaba algo que desear, dominaba a la perfección las interioridades de la sintaxis y la gramática. Nada de esto debe resultar

extraño o insólito en un animal de la inteligencia de Míster Bones. La mayoría de los perros adquieren un buen conocimiento de trabajo del lenguaje bípedo, pero Míster Bones tenía además la suerte de que su amo no lo trataba como a un ser inferior. Habían sido amigos del alma desde el principio, y si a eso se añade el hecho de que Míster Bones no sólo era el mejor sino el único amigo de Willy, y se consideraba además que Willy era una persona que disfrutaba escuchándose, un auténtico y recalcitrante logomaníaco que apenas dejaba de hablar desde el momento que abría los ojos por la mañana hasta por la noche, cuando perdía el conocimiento por la borrachera, resultaba enteramente lógico que Míster Bones se sintiera tan a gusto con la jerigonza nativa. En resumidas cuentas, lo único sorprendente era que no hubiese aprendido a hablar mejor. No por falta de constancia, sino porque la biología estaba en su contra, y con la conformación de hocico, dientes y lengua que el destino le había impuesto, no llegaba a articular más que una serie de ladridos, gruñidos y aullidos, una especie de discurso vago y confuso. Tenía plena conciencia de lo lejos que aquellos sonidos estaban de hablar con soltura, pero Willy siempre le dejaba expresar su opinión, y en el fondo eso era lo único que contaba. Míster Bones era libre de meter baza en cualquier ocasión y su amo le escuchaba con todo interés, y quien mirase el rostro de Willy mientras observaba los esfuerzos de su amigo por compor-

tarse como un miembro de la tribu humana, juraría que no se perdía una sola palabra.

Aquel lúgubre domingo en Baltimore, sin embargo, Míster Bones mantuvo la boca cerrada. Eran los últimos días que pasaban juntos, quizá incluso las últimas horas, y no era momento de permitirse largos discursos ni descabellados aspavientos, no había tiempo para los jugueteos de siempre. Algunas situaciones requerían tacto y disciplina, y en su desesperada situación sería mucho mejor contener la lengua y portarse como un perro obediente y leal. Dejó que Willy le rompiera la correa del collar sin protestar. No se quejó de no haber comido en treinta y seis horas; no olfateó el aire en busca de olor a hembra; no se paró a mear en cada farola y boca de riego. Se limitó a caminar al lado de Willy, siguiendo a su amo mientras buscaban entre las desiertas avenidas el 316 de la calle Calvert.

En principio, Míster Bones no tenía nada en contra de Baltimore. No olía peor que cualquier otra ciudad en la que hubieran acampado a lo largo de los años, pero aun cuando entendiera la finalidad del viaje, le apenaba pensar que un hombre decidiera pasar los últimos momentos de su vida en un sitio donde nunca había estado. Un perro no habría cometido ese error. Él haría las paces con el mundo y luego se ocuparía de pasar a mejor vida en terreno familiar. Pero Willy aún tenía que hacer dos cosas antes de morir, y con su testarudez ca-

racterística se le había metido en la cabeza que sólo existía una persona capaz de ayudarle. Esa persona se llamaba Bea Swanson, y como su último paradero conocido era Baltimore, allí habían ido en su busca. Todo eso estaba muy bien, pero a menos que el plan de Willy surtiera efecto, Míster Bones se vería abandonado en aquella ciudad de empanadillas de cangrejo y escalinatas de mármol, ¿y qué iba a ser de él, entonces? Con una llamada de teléfono habría solucionado la cuestión en un santiamén, pero Willy sentía una aversión filosófica a servirse del teléfono para asuntos importantes. Prefería caminar días enteros a coger uno de esos aparatos y hablar con alguien a quien no veía. Así que allí estaban, a trescientos cincuenta kilómetros, deambulando sin mapa por las calles de Baltimore, buscando una dirección que bien podría no existir.

De las dos cosas que Willy aún esperaba realizar antes de morir, ninguna tenía preferencia sobre la otra. Cada una de ellas era de suma importancia para él, y como ya quedaba muy poco tiempo para pensar en hacerlas por separado, se le había ocurrido algo que denominaba Gambito de Chesapeake: un ardid de última hora para matar dos pájaros de un tiro. La primera ya se ha descrito en párrafos anteriores: encontrar nuevo acomodo para su peludo compañero. La segunda era arreglar sus asuntos y asegurarse de que sus manuscritos quedaban en buenas manos. En aquellos mo-

mentos, la obra de toda su vida estaba metida en una consigna automática de la estación de autobuses Greyhound de la calle Fayette, a dos manzanas y media de donde se encontraban ahora. Tenía la llave en el bolsillo, y a menos que encontrara a alguien digno de confianza para entregársela, hasta el último de sus escritos sería destruido, tirado a la basura como cualquier equipaje sin reclamar.

En los veintitrés años desde que se había puesto el apellido de Christmas, Willy había rellenado setenta y cuatro cuadernos hasta la última página. Sus escritos incluían poemas, cuentos, ensayos, diarios, epigramas, reflexiones autobiográficas y los primeros mil ochocientos versos de una epopeya en elaboración, *Vida vagabunda*. Había compuesto la mayoría de aquellas obras en la mesa de la cocina del piso de su madre, en Brooklyn, pero desde su muerte, ocurrida cuatro años antes, no tuvo más remedio que escribir al aire libre, a menudo luchando contra los elementos en parques públicos y callejones polvorientos mientras trataba de plasmar sus pensamientos en el papel. En lo más hondo de su corazón, Willy no se hacía vanas ilusiones sobre sí mismo. Sabía que era un espíritu atribulado que no encajaba en este mundo, pero también estaba seguro de que en aquellos cuadernos había cosas buenas, y al menos en ese sentido podía llevar la cabeza alta. Si hubiera sido más cuidadoso a la hora de tomar la medicación, si su organismo hubiese sido un poco más fuerte o si no

le hubiera gustado tanto la cerveza, el alcohol y el jaleo de los bares, quizá habría escrito cosas aún mejores. Muy posiblemente, pero ya era demasiado tarde para pensar en errores y lamentaciones. Willy había escrito la última frase de su vida, y ya no le quedaba mucha cuerda al reloj. Las palabras encerradas en la consigna eran todo lo que tenía para responder de sí mismo. Si desaparecían, sería como si él nunca hubiese existido.

Y ahí era donde entraba Bea Swanson. Willy sabía que todo dependía del azar, pero si lograba encontrarla estaba seguro de que removería cielo y tierra para ayudarlo. En otros tiempos, cuando el mundo aún era joven, la señora Swanson había sido su profesora de inglés en el instituto, y de no haber sido por ella probablemente no habría tenido nunca el valor de considerarse escritor. En aquel entonces era aún William Gurevitch, un escuálido muchacho de dieciséis años apasionado por la lectura y el *beebop jazz*, y ella lo tomó bajo su tutela y prodigó sus primeros escritos de alabanzas tan excesivas, tan desproporcionadas con respecto a sus méritos, que él empezó a considerarse la nueva gran promesa de la literatura norteamericana. No se trata de si ella tenía o no razón, pues en esa etapa los resultados son menos importantes que las expectativas, pero la señora Swanson había reconocido sus dotes, había visto la chispa en su inspiración novel, y nadie llega a nada en esta vida sin alguien que crea en él. Eso es un hecho

comprobado, y mientras el resto de la clase de tercer curso del Instituto Midwood consideraba a la señora Swanson una cuarentona bajita y rechoncha, de brazos fofos que oscilaban y se estremecían cada vez que escribía en la pizarra, Willy pensaba que era una belleza, un ángel que había bajado del cielo adoptando forma humana.

Pero en otoño, cuando las clases empezaron de nuevo, la señora Swanson ya no estaba. A su marido le habían ofrecido otro trabajo en Baltimore, y como además de profesora era esposa, ¿qué podía hacer sino irse de Brooklyn y marcharse a donde fuese el señor Swanson? Para Willy fue un golpe difícil de encajar, pero pudo haber sido peor, porque aunque su mentora estaba lejos, no le olvidó. Durante los años siguientes, la señora Swanson mantuvo una animada correspondencia con su joven amigo, siguió leyendo y comentando los manuscritos que le enviaba, recordando su cumpleaños con regalos de viejos discos de Charlie Parker y sugiriéndole modestas revistas donde podía empezar a presentar sus obras. La efusiva y entusiasmada carta de recomendación que le escribió en su último año le ayudó a conseguir una beca en Columbia. La señora Swanson era su musa, su protectora y su amuleto de la suerte, todo a la vez, y en aquel momento de la vida de Willy no cabía duda de que todo era posible. Pero entonces llegó el alucine esquizoide de 1968, el frenético vaivén de la verdad o sus consecuencias sobre un

cable de alta tensión. Lo encerraron en un hospital, y después de seis meses de tratamiento de shock y terapia psicofarmacológica ya no volvió a ser el mismo. Willy había engrosado las filas de los tullidos ambulantes, y aunque siguió produciendo poemas y cuentos como rosquillas, escribiendo tanto en la salud como en la enfermedad, rara vez encontró tiempo para contestar las cartas de la señora Swanson. Los motivos carecían de importancia. Quizá le avergonzaba seguir en contacto con ella. Tal vez estaba distraído, preocupado por otros asuntos. Puede que hubiese perdido la confianza en el servicio de correos de Estados Unidos y ya no se fiara de que a algún cartero no le diese por fisgonear las cartas que entregaba. Fuera como fuese, su otrora abundante correspondencia con la señora Swanson se fue reduciendo hasta casi quedarse en nada. Durante un par de años consistió en alguna que otra postal esporádica, después en la felicitación navideña comprada en la papelería y luego, en 1976, cesó por completo. Desde entonces, no se habían comunicado ni una sola sílaba.

Míster Bones estaba al corriente de todo, y eso era precisamente lo que le preocupaba. Habían pasado diecisiete años. ¡Por favor, si por entonces era presidente Gerald Ford y a él tardarían otros diez años en parirlo! ¿A quién quería engañar Willy? A saber las cosas que podían haber ocurrido en ese tiempo. Con todos los cambios que se pro-

ducían en diecisiete horas o diecisiete minutos, ¡como para pensar en diecisiete años! En el mejor de los casos, la señora Swanson probablemente se habría mudado a otro sitio. La vieja ya andaría por los setenta, y si no estaba senil ni viviendo en un parque de remolques en Florida, lo más probable era que hubiese muerto. Willy lo había reconocido mientras caminaban por las calles de Baltimore aquella mañana, pero qué coño, había dicho, no les quedaba otra baza, y como de todos modos la vida era un juego, ¿por qué no jugárselo todo a una carta?

Ah, Willy. Había contado tantas historias, había hablado con tantas voces diferentes, había dicho tantas cosas distintas al mismo tiempo que Míster Bones ya no sabía a qué atenerse. ¿Qué era cierto, qué era falso? Difícil saberlo, tratándose de una personalidad tan compleja y extravagante como Willy G. Christmas. Míster Bones podía dar fe de lo que había visto con sus propios ojos, de los acontecimientos que había experimentado en su propia carne, pero Willy y él sólo llevaban juntos siete años, y los hechos ocurridos en los treinta y siete anteriores podían interpretarse más o menos a gusto de cada cual. Si no hubiera vivido su época de cachorro bajo el mismo techo que la madre de Willy, toda la historia habría quedado envuelta en sombras, pero oyendo a la señora Gurevitch y comparando sus afirmaciones con las de su hijo, Míster Bones logró hacerse una idea bastante co-

herente de lo que había sido el mundo de Willy antes de su entrada en él. Faltaban mil detalles. Y otros muchos resultaban confusos, pero Míster Bones llegaba a captar su sentido, tenía cierta visión de ese mundo, tanto de lo que era como de lo que no era.

No era lujoso, por ejemplo, ni tampoco agradable, y las más de las veces el ambiente doméstico estaba teñido de amargura y desesperación. Considerando las penalidades que la familia había pasado antes de desembarcar en Estados Unidos, seguramente era un milagro que David Gurevitch e Ida Perlmutter logaran tener descendencia. De los siete hijos que los abuelos de Willy tuvieron en Varsovia y Lodz entre 1910 y 1921, ellos dos fueron los únicos que sobrevivieron a la guerra. Sólo ellos se libraron de números tatuados en el antebrazo, sólo a ellos les tocó la suerte de escapar. Pero eso no quería decir que les hubiera resultado fácil, y Míster Bones había oído suficientes historias como para que se le erizase el lomo. Estaban los diez días que pasaron encogidos en un pequeño desván de Varsovia. El mes que tardaron en ir a pie de París a la zona libre del sur, durmiendo en pajares y robando huevos para subsistir. El campo de internamiento de refugiados de Mende, el dinero de los sobornos para conseguir salvoconductos, los cuatro meses de infierno burocrático en Marsella mientras esperaban sus visados de tránsito españoles. Luego vino el prolongado coma de in-

movilidad en Lisboa, el niño muerto que Ida dio a luz en 1944, los dos años de contemplar el Atlántico mientras la guerra se alargaba interminablemente y el dinero se les iba acabando poco a poco. Cuando los padres de Willy llegaron a Brooklyn en 1946, lo que les esperaba no era tanto una nueva vida como una vida póstuma, un intervalo entre dos muertes. El padre de Willy, que en su juventud en Polonia había sido un abogado de talento, suplicó un trabajo a un primo lejano y se pasó los trece años siguientes cogiendo el metro en la Séptima Avenida para ir a una fábrica de botones en la calle Veintiocho Oeste. El primer año, la madre de Willy completaba sus ingresos dando clases de piano en su piso a niños mimados judíos, pero eso se acabó una mañana de noviembre de 1947 cuando Willy asomó la carita entre sus piernas e inesperadamente se negó a dejar de respirar.

Tuvo infancia de norteamericano, de chaval de Brooklyn que jugaba al béisbol en la calle, leía por la noche la revista *Mad* entre las sábanas y escuchaba a Buddy Holly y al Big Bopper. Ni su padre ni su madre podían sospechar tales cosas, pero tanto mejor para Willy, pues por aquella época su gran objetivo en la vida era convencerse de que no eran sus verdaderos progenitores. Le parecían seres extraños, penosos, que desentonaban tremendamente con su acento polaco y sus rebuscados modales extranjeros, y sin pensarlo mucho comprendió que su única esperanza de supervivencia

consistía en resistirse a ellos a cada paso. Cuando su padre murió de repente a los cuarenta y nueve años de un ataque cardíaco, el dolor de Willy se vio mitigado por una sensación de alivio. Ya con doce años, apenas en los albores de la adolescencia, había formulado la filosofía que siguió toda la vida de meterse en líos allí donde los encontrara. Cuanto más desdichada era la existencia, cuanto más cerca se estaba de la verdad, del descarnado meollo de la vida, ¿qué podía ser más terrible que perder al padre seis semanas después de cumplir los doce años? Eso le marcaba a uno como personaje trágico, le evitaba las zancadillas de las vanas esperanzas y las ilusiones sentimentales, le imponía un aura de sufrimiento legítimo. Pero la verdad era que Willy no sufrió mucho. Su padre siempre había sido un enigma para él, un hombre propenso a silencios de semanas enteras y a súbitos estallidos de cólera, y más de una vez había abofeteado a Willy por la más mínima e insignificante transgresión. No, no fue difícil acostumbrarse a vivir sin aquella carga explosiva. No le costó esfuerzo alguno.

O eso suponía el bueno de Herr Doktor Bones. Puede no hacerse caso de su opinión, si se quiere, pero ¿en quién más se podría confiar? Tras escuchar esas historias durante los últimos siete años, ¿no se había ganado el derecho a que le considerasen primera autoridad mundial en la materia?

Y entonces Willy se quedó solo con su madre.

No era lo que se dice una persona divertida, pero al menos no se metía donde no la llamaban y le daba considerables muestras de cariño, la ternura suficiente para compensar los períodos en que le fastidiaba y le sermoneaba y le ponía los nervios de punta. En general, Willy trataba de ser un buen hijo. En los raros momentos en que era capaz de dejar de pensar en sí mismo, incluso se esforzaba en ser amable con ella. Si tenían sus diferencias, era menos como resultado de cierta animosidad personal que de puntos de vista radicalmente opuestos con respecto al mundo. Por triste experiencia, la señora Gurevitch sabía que el mundo era hostil y procuraba vivir en consecuencia, haciendo todo lo posible por mantenerse a salvo. Willy también sabía que el mundo iba por él, pero a diferencia de su madre no tenía reparos en contraatacar. La discordancia no se debía a que la madre era pesimista y el hijo optimista, sino a que el pesimismo de la una había conducido a una actitud atemorizada y el pesimismo del otro, a un vehemente y quisquilloso desprecio a Todo lo Existente. La una se encogía, el otro se revolvía. La una acataba la disciplina, el otro se rebelaba. Las más de las veces estaban en desacuerdo, y como a Willy le resultaba muy fácil escandalizar a su madre, rara vez desaprovechaba la oportunidad de provocar una discusión. Si al menos ella hubiese tenido el tino de ceder un poco, seguramente Willy no habría insistido tanto en tener razón. Su

antagonismo le servía de inspiración, lo empujaba a posiciones aún más extremas, y cuando estuvo en condiciones de marcharse de casa para ir a la universidad se asignó para siempre el papel que había elegido: el insatisfecho, el rebelde, el poeta marginal que merodeaba por las alcantarillas de un mundo corrompido.

Sabe Dios cuánta droga ingirió aquel muchacho en los dos años y medio que pasó en Morning-side Heights. Willy fumó, esnifó o se pinchó en las venas todas las sustancias ilegales habidas y por haber. Bien está andar por ahí pretendiendo ser la reencarnación de François Villon, pero si un muchacho inestable se mete en el cuerpo mejunjes tóxicos en cantidad suficiente para llenar todo un vertedero de los prados de Jersey, seguro que la química de su organismo se altera para siempre. Tarde o temprano Willy se habría derrumbado de todos modos, pero ¿quién discutiría que los excesos psicodélicos de sus días de estudiante no precipitaron los acontecimientos? Cuando su compañero de habitación se lo encontró completamente desnudo en el suelo —entonando números de teléfono de la guía de Manhattan y comiéndose un tazón de sus propios excrementos—, la carrera académica del futuro amo de Mister Bones llegó a su brusca y definitiva conclusión.

Luego vino el manicomio, y después Willy volvió al piso de su madre en la avenida Glenwood. No era un sitio ideal para vivir, quizá, pero ¿adón-

de podía ir, si no, un flipado como el pobre Willy? Durante los seis primeros meses, la situación no trajo nada bueno. Aparte de que Willy se pasó de la droga al alcohol, en lo esencial las cosas siguieron como antes. Las mismas tensiones, los mismos conflictos, idénticos malentendidos. Entonces, a finales de 1969, Willy tuvo de buenas a primeras la visión que lo cambió todo, el encuentro místico con la santidad que le transformó y encauzó su vida por unos derroteros completamente distintos.

Eran las dos y media de la mañana. Su madre se había acostado varias horas antes y Willy estaba instalado en el sofá del cuarto de estar con un paquete de Lucky y una botella de bourbon, viendo la televisión con el rabillo del ojo. La televisión era un hábito nuevo para él, una secuela de su reciente estancia en el hospital. No le interesaban especialmente las imágenes de la pantalla, pero le gustaba tener en segundo plano el zumbido y el resplandor del aparato y entretenerse con las sombras grisáceas que proyectaba en las paredes. En aquel momento daban «Cine de Medianoche» (algo que ver con saltamontes gigantescos que devoraban a los ciudadanos de Sacramento, en California), pero habían dedicado la mayor parte del programa a emitir publicidad chabacana de productos milagrosos que representaban grandes avances: cuchillos que nunca se mellaban, bombillas que no se fundían, lociones de fórmula secreta que eliminaban la maldición de la calvicie. Bla, bla,

bla, murmuró Willy para sí, las mismas monsergas y chorradas de siempre. Pero justo cuando iba a levantarse para apagar la televisión, pusieron otro anuncio y allí estaba Santa Claus bajando por el hueco de la chimenea de lo que parecía el cuarto de estar de una casa de Maasapequa, en las afueras de Long Island. Como las navidades estaban a la vuelta de la esquina, Willy estaba acostumbrado a que salieran anuncios con actores caracterizados de Santa Claus. Pero aquél era mejor que la mayoría: un tipo gordinflón, de mejillas sonrosadas y una barba blanca como Dios manda. Willy se detuvo a ver de qué iba el rollo, esperando oír algo sobre detergentes para alfombras o alarmas anti-robo, cuando de pronto Santa pronunció las palabras que cambiarían su destino.

—William Gurevitch —dijo Santa—. Sí, me dirijo a ti, a William Gurevitch de Brooklyn, Nueva York.

Aquella noche Willy sólo se había bebido media botella, y habían pasado ocho meses desde su última alucinación propiamente dicha. Por nada del mundo iba a tragarse aquella basura. Sabía distinguir entre la realidad y la fantasía, y si Santa Claus le hablaba desde el televisor de su madre, eso sólo podía significar que estaba más borracho de lo que creía.

—A tomar por culo, tío —dijo Willy, apagando el aparato sin pensarlo dos veces.

Lamentablemente, no pudo dejar las cosas tal

como estaban. Movido por la curiosidad, o porque quería asegurarse de que no estaba teniendo otra crisis nerviosa, Willy decidió que no perdería nada con poner otra vez la televisión, sólo para echar un vistazo, una última miradita. Eso no haría daño a nadie, ¿verdad? Mejor salir ahora de dudas que andar con aquella cagada navideña reconcomiéndolo durante los siguientes cuarenta años.

Y hete ahí que apareció otra vez. Allí estaba el puñetero Santa Claus, haciendo un gesto admonitorio con el dedo y sacudiendo la cabeza con aire triste y decepcionado. Cuando abrió la boca y empezó a hablar (continuando exactamente donde se había quedado diez segundos antes), Willy no sabía si soltar una carcajada o tirarse por la ventana. Era de verdad, tíos. Estaba ocurriendo algo imposible, y en aquel preciso momento Willy supo que ya nada volvería a ser como antes.

—Eso no ha estado bien, William —declaró Santa—. Estoy aquí para ayudarte, pero si no me dejas hablar no iremos a ninguna parte. ¿Me entiendes, hijo?

La pregunta parecía requerir una respuesta, pero Willy dudó. Ya tenía bastante con escuchar a aquel payaso. ¿Quería empeorar las cosas contándole?

—¡William! —exclamó Santa. Su voz, severa y cargada de reproche, revelaba la fuerza de una personalidad con la que no se podía jugar. Si Willy

quería librarse de aquella pesadilla, no tendría más remedio que seguirle la corriente.

—Sí, jefe —masculló—, le he entendido perfectamente.

El hombre gordo sonrió. Entonces, muy despacio, la cámara se movió para enfocarlo en primer plano. Santa se quedó así unos segundos, mesándose la barba, aparentemente absorto en sus pensamientos.

—¿Sabes quién soy? —preguntó al cabo.

—Sé a quién te pareces —contestó Willy—, pero eso no significa que sepa quién eres. Al principio creí que eras uno de esos gilipollas disfrazados. Luego pensé que eras el genio de la botella. Ahora no tengo ni idea.

—Soy lo que parezco.

—Claro, tío, y yo soy el cuñado de Haile Selassie.

—Santa Claus, William. Alias San Nicolás. La Navidad personificada. La única fuerza del bien que queda en este mundo.

—Conque Santa, ¿eh? Y se deletrea S-a-n-t-a, ¿verdad?

—Sí, eso es. Así se deletrea exactamente.

—Lo que me figuraba. Pero si cambiamos las letras un poquito de sitio, ¿qué tenemos? S-a-t-á-n, ni más ni menos. Eres el putito diablo, abuelo, y sólo existes en mi cabeza.

Observen cómo luchaba Willy contra la aparición, lo resuelto que estaba a burlar su hechizo. No

era un estúpido psicópata para dejar que lo man-gonearan con fábulas y apariciones. No quería tener nada que ver con todo aquello, y la repugnancia que sintió, la total y absoluta hostilidad con que siempre describía los primeros momentos del encuentro, fue precisamente lo que convenció a Mister Bones de que era cierto, de que Willy había tenido una auténtica visión y no se estaba inventando la historia. Según lo contaba, la situación era un escándalo, un insulto a su inteligencia, y le hervía la sangre sólo con pensar en aquel obtuso montón de clichés. Que le hicieran tragarse a otro esos cuentos. Las navidades eran una farsa, una temporada de pasta fácil y gran actividad de cajas registradoras, y como símbolo de esas fechas, como la esencia misma de todo el tinglado consumista, Santa era el farsante supremo.

Pero aquel Santa no era un farsante, ni tampoco el demonio disfrazado. Era el verdadero Papá Noel, el único Señor de los Elfos y los Espíritus, y había ido a predicar un mensaje de bondad, generosidad y sacrificio. Aquella ficción de lo más inverosímil, aquella antítesis de todas las creencias de Willy, aquella absurda exhibición efectista con la chaqueta roja y las botas orladas de piel —sí, Santa Claus en todo su esplendor de la avenida Madison—, había surgido de lo más profundo de Telelandia para demoler el sólido escepticismo de Willy y volver a encauzar su alma. Así de sencillo. Si había algún farsante, declaró Santa, ése era

Willy, y se lo demostró con pelos y señales, sermoneando al perplejo y asustado muchacho durante casi una hora. Le llamó impostor, afectado y escritorzuelo sin talento. Luego subió de tono, tildándole de nulidad, de comemierda, de tonto de capirote, y poco a poco fue derribando la muralla de sus defensas y le hizo ver la luz. Para entonces Willy ya andaba tirado por el suelo, llorando a lágrima viva mientras pedía misericordia y prometía enmendarse. La Navidad era auténtica, comprendió, y para él no habría verdad ni felicidad hasta que empezara a abrazar su espíritu. En lo sucesivo aquélla sería su misión en la vida: encarnar el mensaje de Navidad todos los días del año, no pedir nada a nadie y sólo dar amor a cambio.

En otras palabras, Willy decidió hacerse santo.

Y así fue como William Gurevitch concluyó sus negocios en este mundo, y de su carne nació un hombre nuevo llamado Willy G. Christmas. Para celebrar el acontecimiento, a la mañana siguiente Willy se dirigió a Manhattan y se hizo tatuar una imagen de Santa Claus en el brazo derecho. Fue un verdadero suplicio, pero Willy aguantó las agujas con gusto, exultante al saber que ahora habría un signo visible de su transformación y que lo llevaría marcado para siempre.

Lamentablemente, cuando volvió a Brooklyn y mostró orgullosamente el nuevo adorno a su madre, la señora Gurevitch se puso como loca, estallando en un berrinche de lágrimas y airada

incredulidad. No fue simplemente la idea del tatuaje lo que la descompuso (aunque algo tenía que ver, habida cuenta de que estaba prohibido por la ley mosaica y del papel que el tatuaje sobre piel judía había desempeñado en su vida), sino lo que representaba *aquel tatuaje en concreto*, y dado que la señora Gurevitch vio el Santa Claus tricolor en el brazo de Willy como una muestra de traición y de locura incurable, su arrebatado del momento quizá fuese comprensible. Hasta entonces había logrado engañarse pensando que su hijo se repondría por completo. Achacaba su estado a las drogas, y creía que en cuanto su organismo expulsara los residuos tóxicos y el recuento de glóbulos de su sangre fuese otra vez normal, no tardaría mucho en apagar el televisor y volver a la universidad. Pero ya no. Una sola mirada al tatuaje y todas las vanas esperanzas y falsas ilusiones se hicieron añicos a sus pies como el cristal. Santa Claus pertenecía al otro bando. Era de los presbiterianos y los católicos romanos, de los adoradores de Jesús y los enemigos de los judíos, de Hitler y demás ralea. El *goyim* se había apoderado del cerebro de Willy, y una vez que se metía dentro de uno, no abandonaba jamás. Las navidades sólo eran el primer paso. La Semana Santa estaba a sólo unos meses, y entonces empezarían a arrastrar aquellas cruces suyas y a hablar de asesinato, y no tardando mucho las unidades de asalto le echarían la puerta abajo. Veía la imagen de Santa Claus estampada en el brazo de su hijo,

pero en lo que a ella se refería no se diferenciaba de una esvástica.

Willy se quedó verdaderamente perplejo. No había pretendido molestar, y en su gozoso estado de remordimiento y conversión lo último que deseaba era ofender a su madre. Pero, por mucho que hablara y le explicara, ella se negaba a escucharle. Le chilló y le llamó nazi, y cuando él insistió en hacerle comprender que Santa Claus era una encarnación de Buda, un ser sagrado que predicaba el amor y la compasión misericordiosa, ella lo amenazó con volver a llevarlo al hospital aquella misma tarde. Aquello recordó a Willy una frase que había oído decir a otro paciente del Saint Luke —«Antes que una lobotomía frontal, prefiero una botella mortal»—, y de pronto comprendió lo que le esperaba si dejaba que su madre se saliera con la suya. De modo que, en lugar de pinchar en hueso, se puso el abrigo y se marchó del piso, lanzándose de cabeza a esos mundos de Dios.

Así se inició una costumbre que duró muchos años. Willy se quedaba con su madre varios meses, luego se marchaba otros tantos y después volvía. La primera salida fue probablemente la más espectacular, aunque sólo fuese porque Willy aún no sabía nada sobre la vida errante. Sólo estuvo fuera un breve período de tiempo, y aunque Míster Bones nunca estaba muy seguro de lo que Willy quería decir con «breve», las cosas que le pasaron en aquellas semanas o meses en que estuvo fuera le

demonstraron que había encontrado su verdadero camino.

—No me digas que dos y dos son cuatro —dijo Willy a su madre cuando volvió a Brooklyn—. ¿Cómo sabemos que dos son dos? Ésa es la verdadera cuestión.

Al día siguiente, se sentó a escribir de nuevo. Era la primera vez que cogía la pluma desde antes de ir al hospital, y las palabras le salieron como el agua que fluye a borbotones de una tubería rota. Como poeta, Willy G. Christmas demostró ser mejor y estar más inspirado que William Gurevitch, y aunque sus primeros intentos carecían de originalidad, lo compensaba con empeño y entusiasmo. «Treinta y tres reglas para vivir» era buen ejemplo de ello. Los primeros versos decían así:

*Arrójate en brazos del mundo
y el aire te sujetará. Duda
y el mundo te saltará por detrás.
Echa el resto por la autopista de huesos.
Sigue la música de tus pasos, y cuando se apague
la luz no silbes, canta.
Si mantienes los ojos abiertos, siempre estarás
perdido.
Regala la camisa, regala el oro, regala los zapatos
al primer desconocido que veas.
Mucho brotará de nada
si bailas el frenético vals...*